





**Agustín del Castillo.** Ha sido periodista por tres décadas en su natal Guadalajara. Ganador de tres premios nacionales de periodismo ambiental, del Reconocimiento Nacional de la Conservación 2005 y del Premio Latinoamericano de Periodismo Ambiental de la Fundación Reuters y la Unión Internacional de Conservación de la Naturaleza (IUCN) 2008. Autor de tres libros de reportajes de la naturaleza

# Gigantes verdes, en peligro de desaparición

Los ejemplares más conspicuos del patrimonio natural de Guadalajara enfrentan los embates de un desarrollo especulativo y de corto plazo

**E**n el principio fue la parota. Igual que el sabio manzano del paraíso. O el fresno Yggdrasill, árbol del mundo de los germanos. O la ceiba primordial de los mayas. O el roble sagrado de Dodona, que emitía profecías al paso del viento. O las palmeras y los cedros que son los hombres justos, según el salmista.

Así, la enorme copa del árbol prodigioso se extiende hoy invasora de los dominios del sol, en un rincón de la avenida La Paz, muy cerca del corazón de la vieja Guadalajara. Su historia mortal: plantado en 1948, por equivocación, por don Francisco López González, quien pensaba en las alegres explosiones naranjas de un modesto tabachín.

El árbol creció y creció, primero discreto y verde, luego macizo y poderoso; ávido de luz, esplendente como un sol esmeralda, protector como madre, sombrío y húmedo en la canícula, tétrico y desnudo en los días invernales; longevo y ramificado como genealogía, claro y tortuoso como silogismo, fuerte e imperturbable como viejo dios.

Un jardinero sacó a don Francisco de su error: era una parota, *Enterolobium cyclocarpum*, el guanacaste de los bosques caducifolios de Centroamérica, familia de las leguminosas, subfamilia de las mimosas, “árbol inmenso y de copa extensa”,

reseña con un desliz de emoción poética la severidad científica de John K. Francis. “Las hojas bipinnadas compuestas tienen finas hojuelas y las semillas se encuentran dentro de una vaina de aspecto singular, retorcida y de un color marrón oscuro. El árbol se puede ver con frecuencia en pastizales y parques, a la vez que es un árbol común en los bosques y con una madera valiosa”, añade el naturalista.

Solitario de su especie en una banqueta poblada por vegetales menores, que parecen la silenciosa corte que le rinde homenaje, ¿imaginará el largo imperio de su estirpe selvática? “Coloniza una gran variedad de hábitats. Es una especie clímax en las zonas de vida forestal subtropicales secas y crece en áreas perturbadas en bosques siempreverdes y subcaducifolios [...] las temporadas secas de uno a seis meses de duración son usuales en la mayoría de los hábitats del guanacaste [...] se le puede encontrar creciendo de manera natural hasta los 900 metros sobre el nivel del mar en Costa Rica [...] aparentemente tiene un cierto grado de resistencia a bajas temperaturas, ya que en Florida se cultivan individuos al norte del límite de las heladas [...] En Puerto Rico, los individuos saludables se encuentran creciendo en áreas que reciben hasta 2,500 milímetros de precipitación anual”. Así. En las secas como en los diluvios.



“...se erguía enorme, de añosa madera, un roble; por sí solo, un bosque [...]”. Ovidio. *Las metamorfosis*, VIII

El señor Pánuco, apellido de resonancias acuosas y tropicales, ha sido responsable, junto con su esposa Florentina Rodríguez, de la prosperidad de una ceiba que se levanta majestuosa con casi 35 metros entre la frialdad urbana de avenida Vallarta, muy cerca de otra diosa, la pagana Minerva, igual de impertérrita entre el bullicio de los “seres de un día”.

“Yo sé que se plantó hace 70 años, más o menos: nosotros llegamos hace 30 y siempre lo hemos cuidado; nunca hemos permitido que lo poden y arreglamos la banqueta para que no hubiera problemas con las raíces”, señala doña Florentina.

El recio ejemplar crece lozano contiguo a la vivienda transformada en despacho de una inmobiliaria, cuyos empleados también la ven con cariño, e incluso le ponen adornos para resaltar su belleza duradera.

“Para que se den bien hay que dejarlos y no molestarlos –apura la gentil mujer como consejo a otros cultores de jardín–; aunque dejamos la casa, siempre nos damos la vuelta para vigilar que no haya sido dañado”.

-¿Sus hijos tienen el mismo gusto por ese árbol?  
-Pues sólo dicen que qué bonito, pero es mi amor, yo soy una enamorada de la naturaleza.

“Un árbol me es más caro que un hombre. ¡Dios todopoderoso, soy feliz en la selva donde cada árbol habla por ti...!”. Beethoven

El dueño de un negocio de marcos, en una esquina de la vieja avenida Tolsa, secó un zalate porque le echaba hojas y obstruía la visibilidad de su horrendo local, debajo de un desastroso edificio. Al lado, las hermosas palmeras que cubrían los camellones de La Paz se murieron en los últimos años, y han sido desplazadas por especies menos portentosas.



FOTO: Valentín Sabau. Pixabay.com

En cambio, la huerta enclavada unos metros al sur, en Tolsa y Montenegro, sobrevive en su fragilidad a un entorno contaminado, ruidoso, lleno de basura, de cemento y asfalto.

El oasis ruinoso parece encantado. Los mangos, las palmeras y las higueras vetustas se proyectan hacia el cielo como en afán de guardar un secreto. Feas láminas han tapado la vista del jardín. Por la mirilla del cancel se asoma un edificio ruinoso, con arcadas primorosas y grandes ventanales grises. Arriba, las terrazas protegidas por una balaustrada incompleta, devorada por años de abandono. Las plantas reinan como soberanas de este extraño hábitat, nostalgia de selva. Los pájaros llegan y se van. Un santo de arcilla se yergue en el pasillo de cemento enmarcado por la floresta lujuriosa. Los vecinos deambulan arriba abajo por la acera, despreocupados de esta naturaleza exiliada.



“El hombre es un animal de analogías. Aquello que difiere de él carece, en su concepto, de las propiedades de la vida consciente. Como la flor o el árbol no poseen ojos iguales a los nuestros, ni comen como nosotros cadáveres de animales, ni son académicos de número, ni pronuncian discursos, ni tienen vanidad, ni han inventado, que sepamos, ninguna religión, fuera de esa divina religión del silencio y el éxtasis, no podemos creer que piensen”. Amado Nervo, *Guillotinas*.



Nadie sabe cuándo fue plantado, pero este migrante australiano es el eucalipto dominante de la tupida arboleda de San Rafael, un viejo parque de la Guadalajara popular del oriente. Pasada la pesadilla de la conchuela, que exterminó cientos de ejemplares de esta altísima especie con

troncos bofos y corteza quebradiza por toda la urbe, el triunfo de este árbol –“sujeto forestal”, según el reglamento de parques y jardines– parece la ejecución del instinto de adaptación y aferramiento a la existencia que permea en todo lo vivo.

Es un árbol monumental. Más lo parece cuando las viejecitas cansadas cruzan a su lado para sentarse en una banca. El suelo, tapizado de sus hojas breves y doradas, alrededor de un fuste de unos tres metros, transpira la agradable humedad fabricada por el gigante espigado, de casi 40 metros, con su sombra pródiga. “Solamente los trabajadores más viejos pueden decirle cuando llegaron estos árboles”, comenta un vecino que corre por las veredas. Parece que han estado allí siempre. Así es de frágil la conciencia del tiempo.



“...El justo florecerá como la palmera; crecerá como cedro en el Líbano...”. Salmo 92

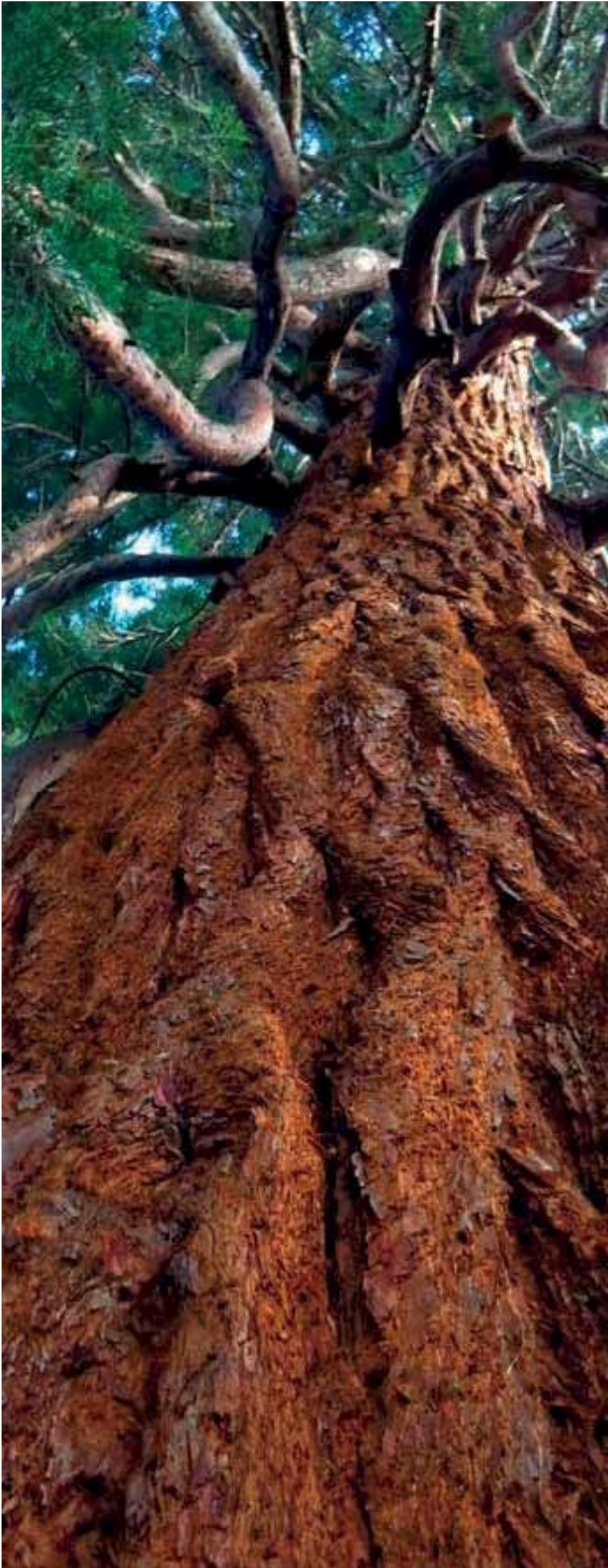


La parota de don Francisco nació en los años en que Guadalajara comenzaba su largo delirio destructor de patrimonio. Esta mole viva de madera y verdor simboliza la heroica resistencia frente a lo “moderno”, entendido como divorcio entre la civilización y la naturaleza.

Sergio Alejandro López Rivera, notario público 64, hijo de don Francisco y quien tenía ocho años de edad cuando el insospechado ejemplar llegó a la puerta de su casa, le guarda afecto especial; llegó a remontar su cumbre en la infancia, cuando no había obrado la prodigiosa metamorfosis del gigante y lo que rodeaba la finca de los López eran campos baldíos.

“Es el árbol más hermoso de la ciudad”, comenta ufano. Los otros poseedores de dinosaurios del reino vegetal, como la ceiba de avenida Vallarta, el zalate de Huentitán, el eucalipto del parque San Rafael, los mangos y palmeras del huerto





de Tolsa o los ahuehuetes de Colomos, afirman lo mismo.

Todos ellos deben enfrentar las críticas de propios o ajenos. Aprender a torear las temibles motosierras de los empleados de la Comisión Federal de Electricidad o el celo “conservador” de las direcciones de Parques y Jardines municipales. Insistir en que no es tan grave que se tapen las fachadas o que caiga “basura” cuando se tiene el privilegio de esta compañía.

“Me han dicho que hace demasiada sombra, pero yo ya me acostumbré. Además, el clima es mucho más agradable gracias a esta enorme copa”, subraya el notario.

Don Francisco ya tiene años de haber bajado a la tumba. Su parota luce fuerte y don Sergio aventura que podría vivir otro siglo. Si la secta de los progresistas no decide otra cosa.



¿Dios ubicuo, como el de la teología tomista? Algunos registros de nombres de la parota en toda la América tropical: aguacastle, ahuacastle, cuanacastle, nacaste, nacastillo, cascabel sonaja, cuanacastli, Juana costa, orejón, pich, piche, cuytatsuc, huinecaxtli, lash-matz-zi (lengua chontal), tutaján (mixteco), mo-ñi-no (chinante-ca), ya-chibe (zapoteco), tiyuhu (huasteco).

### **Los árboles en la zona metropolitana de Guadalajara**

Los árboles en áreas urbanas puedan aportar los siguientes diversos beneficios: “modificaciones microclimáticas, beneficios ecológicos conservación de la energía y el bióxido de carbono, absorber contaminantes del aire así como su estabilización, mejorar la calidad del aire al reducir de los niveles de bióxido de carbono (CO<sub>2</sub>), ozono, dióxido de azufre y dióxido de nitrógeno, además de la reducción de la contaminación por ruido”, señala el investigador José María Chávez Anaya, de la U. de G.





Por otro lado, “proporcionan hábitat para la fauna silvestre, generan oxígeno, e inciden positivamente en la hidrología urbana, con el incremento de captación y retención del agua”. Entre los beneficios sociales y económicos, enumera los derivados de ambientes deseables, propicios para la salud mental y física.



Los árboles absorben y disminuyen la radiación solar. Algunos estudiosos presentan la siguiente relación de efectos: de 100% de la energía solar, las plantas absorben para su fotosíntesis aproximadamente entre 5 y 20%, reflejan de 5 a 20%; disipan por evapotranspiración de 20 a 40%; emiten de 10 a 15% y transmiten entre 5 y 30%, siempre dependiendo de las especies y de otros factores ecosistémicos



Los árboles permiten la producción de oxígeno y el consumo de anhídrido carbónico, función realizada por las hojas: El científico de la U. de G. alude

a estudios que revelan que árboles cuyo diámetro sea entre 60 y 90 cm, retienen hasta 50 kg de carbono, “y que en árboles grandes y vigorosos se fija 90 veces más carbono anualmente que en los árboles pequeños- 93 kilogramos al año contra un kilogramo”.



En cuanto a la disminución del ruido ambiental, “la atenuación varía desde cuatro a doce decibeles, dependiendo de la especie y la profundidad, altura de la cortina de árboles y la densidad del ruido”



La insuficiencia de áreas verdes urbanas y en mucho de los casos la mala ubicación, “conlleva a que no se cumpla con la superficie de área verde requerida por habitante, de nueve m<sup>2</sup>, recomendada por la Organización Mundial de la Salud, así como en la distribución proporcional dentro de la ciudad; es decir que todos los residentes vivan cerca de un espacio abierto con área verde a una distancia de no más de 15 minutos a pie”



FOTO: Min An - Pixabay.com



La recomendación: fomentar nuevas áreas verdes aprovechando terrenos baldíos; el incremento de arbolado en cementerios; la utilización de pequeñas superficies que antes se utilizaban como huertos o el patio interior; aumento en número de árboles en unidades deportivas; plantaciones en los accesos de carreteras y estaciones de ferrocarril así como a lo largo y sus lados de sus vías; reverdecimiento de fachadas, en edificios públicos, hospitales y en centros escolares para aprovechar sus espacios disponibles y convertirlos en verdaderas áreas verdes; sembrar en promontorios, cerros, colinas, elevaciones y depresiones orográficas, barrancas y zona de recarga de mantos acuíferos



La indiferencia de los ayuntamientos ha hecho crecer el grave riesgo de que muera entre 40 y 50 por ciento del arbolado de la ciudad. “Ese problema del muérdago es grave, quién sabe si estamos a tiempo de atacarlo; hay riesgo de que se pierda de 40 a 50 por ciento de la biomasa que tenemos

en la ciudad, porque no nos hicieron caso y estamos viendo como jacarandas de siete u ocho metros se están muriendo por ese parásito”



También cuestiona el modo en que se aplican podas y desplazamiento de árboles en toda la mancha urbana. A su juicio, es preciso ordenar las especies según el espacio físico, pero se debe respetar el ciclo de vida de los árboles y no reducir de manera tan fuerte la biomasa, con esas podas tipo Comisión Federal de Electricidad (CFE), que son tan comunes. 🌿

